

Aitana Castaño y Alfonso Zapico

CARBONERAS

Oviedo, 2020, Ed. Pez de Plata

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 21/02/2021
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

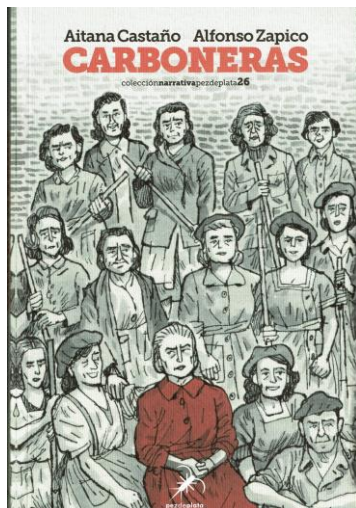
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Aitana Castaño y Alfonso Zapico: CARBONERAS

Oviedo, 2020, Ed. Pez de Plata. ISBN: 978-84-120784-8-0



Aitana Castaño

Alfonso Zapico

CARBONERAS

Trabajaban en las tolvas eligiendo el mejor mineral y descartando restos de piedras y madera. Cuidaban de las casas, de las familias, de los niños, de los mayores y muchas veces también se cuidaban entre ellas. Todo el polvo del carbón de las minas asturianas pasaba por sus pulmones. Luchaban contra la silicosis, contra el olvido, contra una sociedad que las ignoraba y contra ellas mismas y sus destinos.

Eran las carboneras.

Eran las madres, abuelas, tías, hermanas, vecinas, amantes y esposas de todos los niños de humo que nacieron, se criaron y murieron con las cuencas mineras metidas en el corazón.

Las carboneras son las herederas de una tradición minera que guarda para ellas un escondido rincón del que pocas veces se las saca para recordar que existieron. Y sus vidas están llenas de llantos, de amores y de historias.

En **Carboneras** Aitana Castaño narra, en una historia de historias, la vida de aquellas mujeres que lo dieron todo por la vida y por sus ideales.

El espacio en el que se localiza es Montecorvo del Camino (un lugar ficticio del universo que Alfonso Zapico dibujó y creó para contar la Revolución del 34 en su trilogía *La Balada del Norte*), en algún momento de los años sesenta, cuando a todas las batallas de estas mujeres también había que sumar la de una clase dirigente represora que no dudó en hacer de las comarcas carboníferas uno de sus laboratorios de torturas.

www.editorialpezdeplata.com

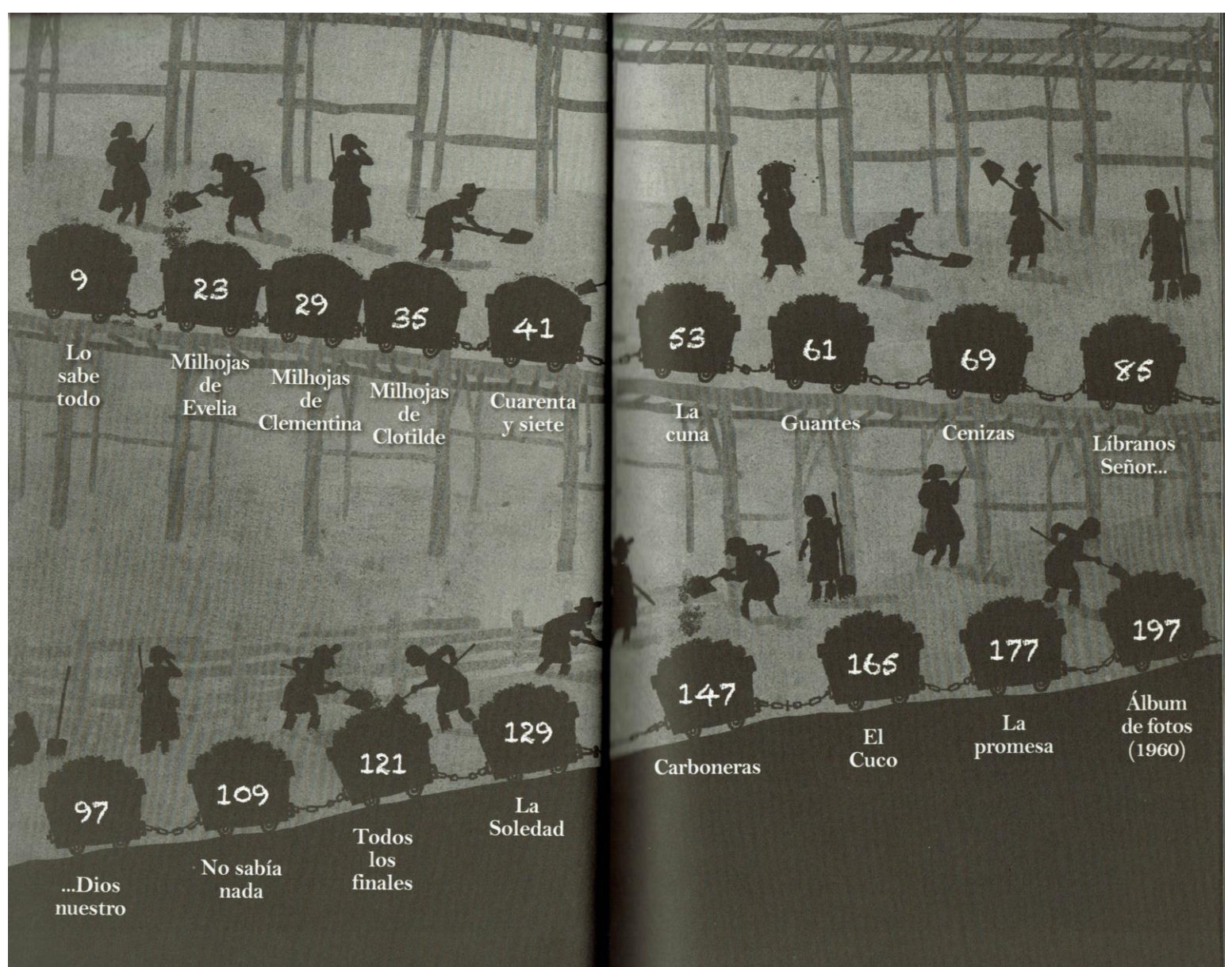
pezdeplata

IBIC: FA

Una serie de relatos encadenados, con el aire de historias de vida, que entre todos conforman un mosaico en ocasiones emocionante de un pueblo minero del norte genérico, de nombre figurado y significativo, Montecorvo. La mina y los mineros, un mundo mítico de resistencia obrera en la época del franquismo y desde más atrás también, es evocado al alimón por una narradora de prosa sencilla y eficaz, Aitana Castaño, y un dibujante de trazo seguro y sintético, de línea clara, Alfonso Zapico; un libro cuidado y joven, de una editorial sin duda también joven y entusiasta como ellos, y que crean entre todos un objeto bello y atractivo, amable incluso al tacto, a pesar de la dureza de trasfondo que encierran sus historias autónomas pero a la vez corales, una suerte de historia de vida colectiva en la que danzan todos los arquetipos de una sociedad conflictiva y su época más crítica y dramática: la dureza de un trabajo obrero límite, las huelgas y la lucha obrera permanente, la posguerra difícil y represiva, la guardia civil autoritaria y cruel, las mujeres de los mineros y su trabajo a veces invisible pero fundamental en aquella sociedad límite, el cura obrero, la

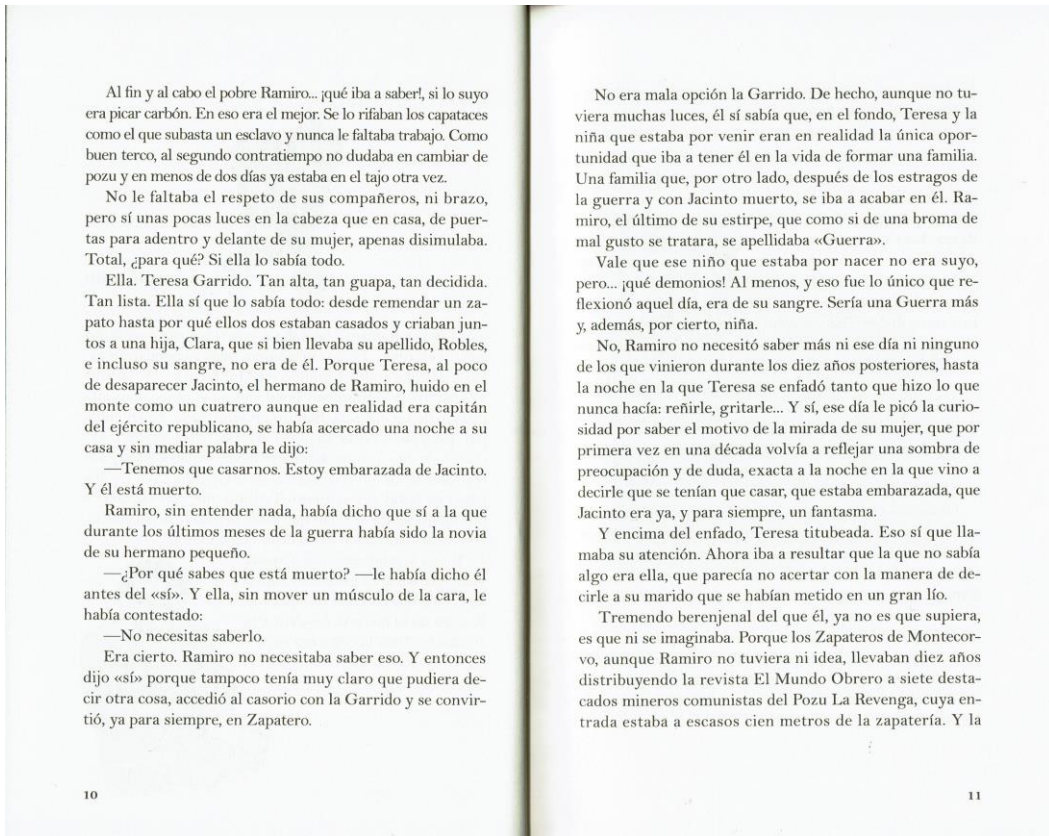
naturalidad de una contestación política necesaria como el aire para sobrevivir, la enfermedad y la catástrofe en la mina, los exilios y las fugas... Y un resultado global, a pesar de las apariencias, esperanzador y hasta amable. La magia de la literatura popular sencilla y directa, sin distracciones ni tentaciones de estilo, potenciada por el creador de imágenes de comic pop eficaz. Habría que perfilar categorías literarias como literatura proletaria, literatura obrera, literatura popular o relato-reportaje o similares, y no se podría colmar todo lo que pudiera definir este tipo de relatos de particular eficacia evocadora.

Pero mejor que ningún comentario nos lo puede mostrar un par de relatos que recogemos a continuación, tras el índice de la obra, ingeniosamente dispuesto de la mano del coautor Zapico:



Dentro de ese amplio índice, elegimos dos relatos de muestra, y nos evitamos más comentarios; esta reseña es sólo para poner los dientes largos a un posible lector y una

invitación a que adquiriera el libro. Elegimos, en concreto, el primero de todos, “Lo sabe todo”, y uno de los últimos, “Carboneras”, que da título al conjunto.



Garrido, en silencio, llevaba casi el mismo tiempo sirviendo el periódico prohibido que aguantando las redadas policiales en el establecimiento. Cada vez que se enturbiaba un conflicto entre los mineros (y últimamente esto ocurría muy a menudo), los guardias civiles comandados por Trujillo entraban en los locales sin miramientos, rompían lo que consideraban oportuno mientras buscaban propaganda que los rojos hubieran escondido entre las estanterías de sus «inocentes» vecinos. Aunque bueno, el sargento sabía que los había más inocentes que otros, y que la familia Guerra de ilusa tenía lo justo. ¡Que se lo dijeran a Trujillo! Los rojos de los Guerra. Aún se le encendía la sangre al recordar al hijo de puta de Jacinto y la noche en que consiguió atraparlo en la oscuridad de aquel monte. Le pegó tal paliza que hasta los nudillos le sangraban, no consiguió que cantara y encima el hijo de puta se reía con cada golpe que le daba. El sargento acabó por pegarle un tiro en la cabeza y después escondió el cuerpo mallado a golpes porque lo de aquella noche, que hasta un par de guardias acabaron vomitando, había sido inhumano.

Unos hijos de puta los Guerra. Eso eran. Menos mal que Ramiro no era el más listo y los demás estaban muertos. Trujillo sólo ponía una pega a aquella casa de los Guerra, ya libre de rojos espabilados: Teresa, la mujer de Ramiro, que era guapa y tenía ojos de viva, tanto como para no pintar nada con el imbécil de Zapatero.

¡Uf! ¡Qué va! Esa mujer no le gustaba un pelo. De todos los comerciantes de Montecorvo ella era la única que permanecía dentro del local mientras los guardias revolvián sin decoro las estanterías y los pares de zapatos pendientes de arreglo.

12

Permanecía impassible, observando cómo tiraban todo al suelo salvo, eso sí, las botas de los mandos del cuartel que siempre presidían el estante central de la Zapatería GG (de Guerra Garrido). Porque los guardias sabían que en esa casa trabajaban el cuero como nadie en toda la comarca.



Teresa, en las incursiones policiales, veía a Trujillo apostado en la puerta con gesto de asco y seriedad y a los dos guardias caminar sin sentido por la tienda, revolviéndolo todo, lanzando zapatos al aire y obviando en su desastre, cuando pasaban a su lado, las botas de los capitanes y sargentos de la Benemérita que permanecían en aquel es-

13

tante destacado. Ésas no se tocaban y ella no las perdía de vista. ¡Como para hacerlo! Allí mismo, en su interior, doblados a modo de horma, estaban escondidos los siete ejemplares de *El Mundo Obrero*.

—Aquí nadie los buscará— había dicho en voz alta el día que decidió esconderlos allí tras saber que la Guardia Civil hacía redadas en las tiendas del pueblo. Y durante casi diez años le había parecido una gran idea. Hasta ese preciso momento.

—¿Pero por qué, Ramiro? ¿Por qué decidiste hacerlo? ¿A ti quién te mandó llevarle las botas a la Guardia Civil, si además no le había puesto el papel con la marca para que supieras que estaban acabadas?—decía ella desesperada.

Y Ramiro suspiraba mientras *esbillaba les fabes*.

—¿Por qué te pones así, mujer? Después siempre dices que no ayudo nada. Las vi allí, me pareció que estaban acabadas y se las llevé al Trujillo. Tampoco ye para tanto. Ya lo cobré, además... Mira.—Ramiro sacó del bolso cinco pesetas y las posó sobre la mesa. Continuó entre dientes—. Para una vez que ayudo, me dices que la jodí...

—Ramí, yo no te digo que la jodí...

Teresa se cogió la cabeza por las sienas para pensar, sin acabar la frase. No iba a decirle a Ramiro que lo cierto es que sí, que lo había jodido todo. Pero tal vez era el momento de decirle que tenían que marcharse. Ella y la niña. Solas. No hacía falta que él las acompañara. Se irían y no volvería a saber de ellas.

—¿Pero a dónde vas?—Ramiro soltó el cuchillo sobre la mesa.

—No necesitas saberlo.

14

La sentencia le sonaba y el tono de sobriedad de su mujer también. Ella, que de pronto había sacado de no sabía dónde una maleta de cuero, frenó en seco y lo miró. Le cogió sus grandes manos entre las suyas, más pequeñas.

—Me voy con la niña, Rami. No te diré a dónde. La Guardia Civil no tardará en venir a esta casa y entonces tú podrás responderles que no sabes nada de lo que hablan, que no sabes nada de mí, que me he fugado con Clara, que me he llevado todo el dinero que guardábamos bajo el colchón y que no tienes ni la más mínima idea de dónde estoy.

La cara de preocupación y duda fue entonces de Guerra.

—Pero, ¿qué dinero, Tere? No te entiendo...

Teresa cogió el cuchillo que Ramiro había dejado sobre la mesa entre las fabas, y se fue a la habitación. Él la siguió para verla rajar de arriba abajo el colchón de lana de su cama, la de ella, y verla sacar un fajo de billetes que, en una década, había ido ahorrando como una hormiga gracias a los trabajos «extra» que se buscaba: los tacones que arreglaba para los mujeres el Domingo de Ramos o las botas que parcheaba para los que no tenían otro calzado que llevar a la mina y que ella cobraba a precio irrisorio.

No tuvo que contar el dinero. Sabía que eran 4.600 pesetas. Ramiro resopló. Allí había muchos billetes, más de los que él ganaba en la mina en un año o año y medio. Y eso que trabajaba a destajo y podía rondar las diez pesetas al día porque para eso era el mejor. Pero aquella cantidad de billetes, junta, no la había visto en la vida.

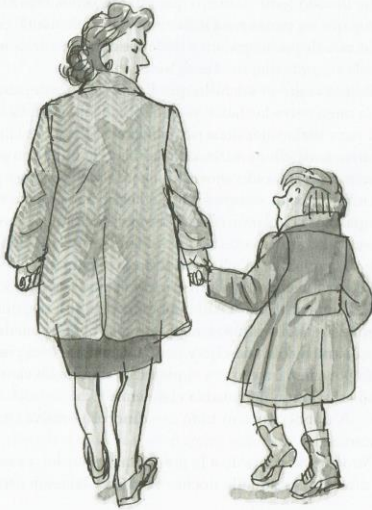
—¿A dónde vas con todo ese dinero?—volvió a preguntar.

Pero ella no contestó a la pregunta. De hecho, ya no habló mucho más aquella noche. Vistió a Clara mientras la

15

pequeña refunfuñaba dormida y antes de marchar le dio un beso en la frente al que siempre había sido, en su corazón, su cuñado Ramiro.

—No te voy a decir a dónde voy y así no podrás decirselo a ellos. Ponte firme cuando lleguen, te lo pido por Dios. Y muchas gracias por querernos y cuidarnos, Rami. Eres un gran hombre, igual que Jacinto. —Teresa lo miró con cariño.



16

Ramiro se extrañó de la referencia a Dios de la Garrido, ella que no rezaba el padrenuestro ni cuando, obligada por el qué dirán, iba a misa los domingos. Sin embargo le causó aún más desazón escucharla pronunciar el nombre de su hermano. Él, que durante más de diez años había sido el innombrable en aquella casa, tanto que hasta un día Teresa lo riñó porque escuchó cómo le contaba a la niña una historia de cuando ellos dos eran pequeños. «¡Ramiro!», le había gritado. Y eso era que estaba enfadada, porque si no siempre le llamaba Rami.

—¿Pero por qué va a venir el Trujillo aquí? No te entiendo —volvió a insistir.

Teresa frenó en seco y le acarició el mentón.

—No te harán nada, Rami, estoy segura. A ti te respetan. Ya te han visto tumbar de un puñetazo a dos tipos a la vez, así que no te harán nada. Estoy segura —repitió mientras intentaba quitar con su mano, sin éxito, unos restos del botón de su mejilla. Volvió a mirarle a los ojos—. Rami... No te dejes hacer nada. ¡Prométemelo!

Y ahí él supo que ella hablaba en serio.

Se lo prometió, claro. Y con la promesa se esfumó también la única oportunidad en la vida que tuvo de formar una familia.

—Dime al menos por qué van a venir a esta casa esos hijos de puta.

Teresa le posó un beso suave en los labios. Era el segundo que se daban en toda su vida después del de la boda, frente al cura que los casó y la familia de ella, que nunca se creyó del todo el cuento del amor repentino con el hermano de Jacinto, su novio de toda la vida. A nadie en los Garrido le cuajaba aquel amor, pero disimularon

17

bien por el qué dirán. El vientre de ella comenzaba a ser sospechosamente abultado.

Ramiro Guerra tardó en saber de las dos mujeres algo más de seis meses, cuando en un sobre cerrado y sin remitente recibió una postal de Buenos Aires. Supo al instante de abrirla que aquella carta era de ellas y eso que sólo tenía escrita, además de la dirección de su casa, una letra. La inconfundible «L» con la que Teresa le marcaba los zapatos «distos» para entregar a sus dueños. La «L» que él no había esperado a ver en las botas de los guardias que entregó antes de tiempo y que provocaron su marcha.

Sonrió al ver la letra y guardó la postal en su mesita de noche.

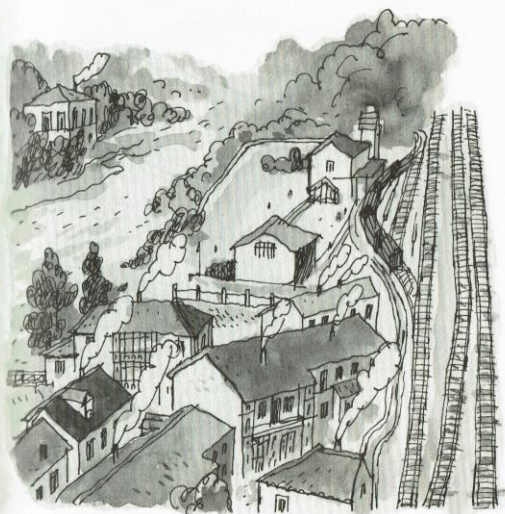
La pena, pensó entonces, era que no podría enviarles respuesta porque no venía con remitente y porque, bueno, de todas maneras él no sabía escribir. A veces, por la noche, Ramiro se quedaba mirando al techo y pensando lo que le diría a Teresa si tuviera su dirección y supiera escribir. Le contaría que, como ella había pronosticado, la Guardia Civil tardó apenas unas horas en irrumpir en la Zapatería Garrido. Aunque había sido raro. Porque en la casa no apareció ni Trujillo ni ninguno de los pazguatos, sino Telvina, la criada del cuartel (aunque los que la conocían sabían que de sirvienta nada, que ella mandaba dentro del acuartelamiento más que muchos oficiales, que ya se le había visto pegar un coscorrón a alguno por pisarle el suelo fregado).

La vieja, sin mediar palabra, cruzó el quicio de la puerta que conectaba la zapatería con la casa familiar. Ante la mirada atónita de Ramiro cogió el gancho de la cocina de carbón, la abrió y tiró dentro unos periódicos que él no alcanzó a identificar.

18

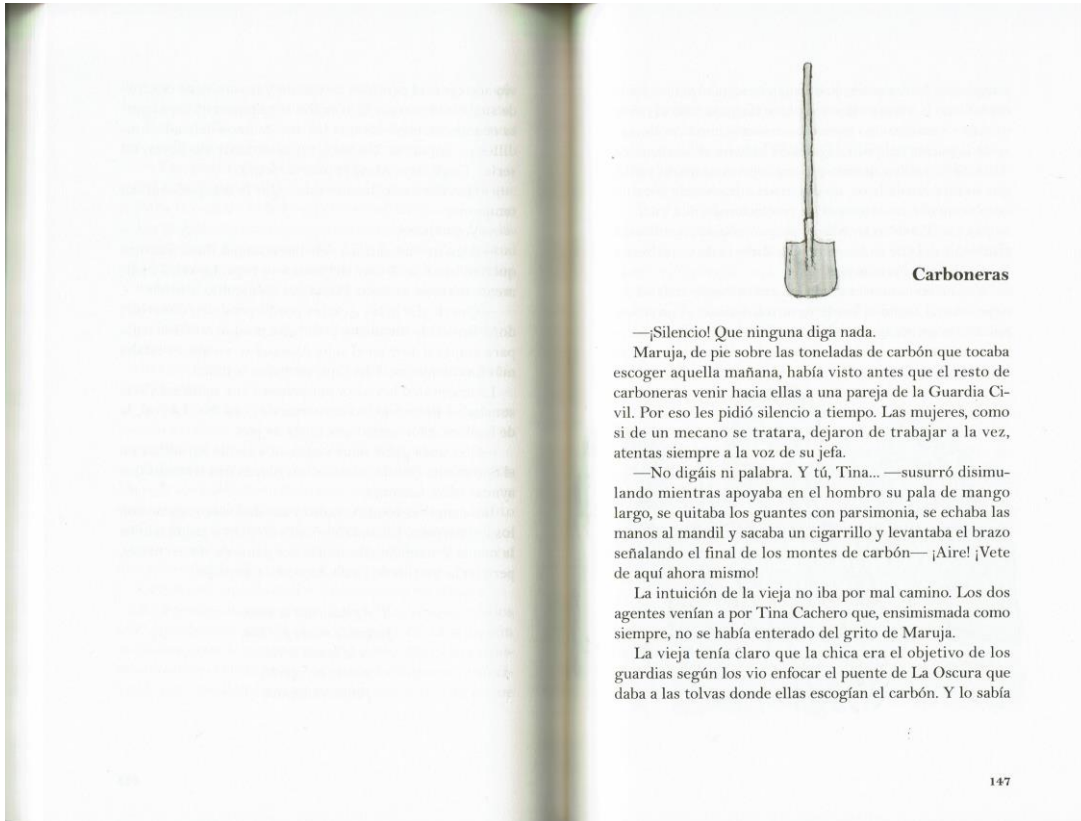
—Zapatero. Dígale por favor a Teresa que se ande con cuidado. Que yo no voy a vivir siempre.

Y con las mismas, se marchó.



19

Y he aquí el segundo relato, “Carboneras”.



Carboneras

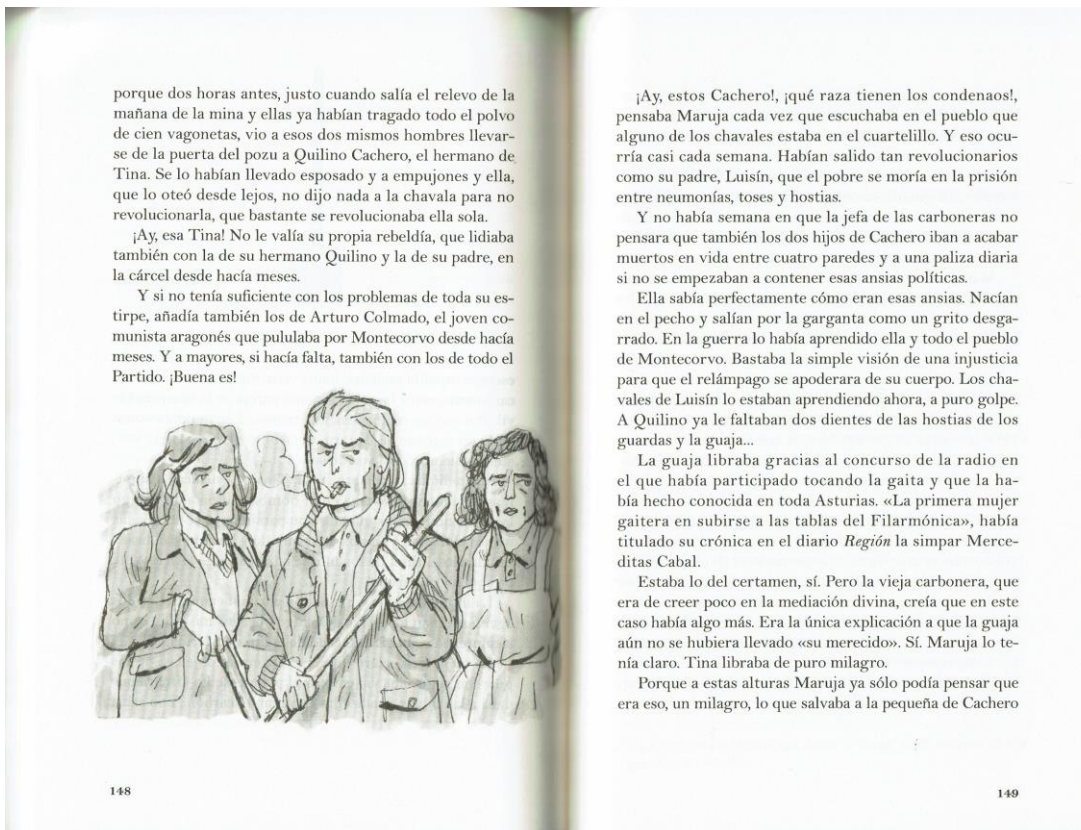
—¡Silencio! Que ninguna diga nada.

Maruja, de pie sobre las toneladas de carbón que tocaba escoger aquella mañana, había visto antes que el resto de carboneras venir hacia ellas a una pareja de la Guardia Civil. Por eso les pidió silencio a tiempo. Las mujeres, como si de un mecano se tratara, dejaron de trabajar a la vez, atentas siempre a la voz de su jefa.

—No digáis ni palabra. Y tú, Tina... —susurró disimulando mientras apoyaba en el hombro su pala de mango largo, se quitaba los guantes con parsimonia, se echaba las manos al mandil y sacaba un cigarrillo y levantaba el brazo señalando el final de los montes de carbón— ¡Aire! ¡Vete de aquí ahora mismo!

La intuición de la vieja no iba por mal camino. Los dos agentes venían a por Tina Cachero que, ensimismada como siempre, no se había enterado del grito de Maruja.

La vieja tenía claro que la chica era el objetivo de los guardias según los vio enfocar el puente de La Oscura que daba a las tolvas donde ellas escogían el carbón. Y lo sabía



porque dos horas antes, justo cuando salía el relevo de la mañana de la mina y ellas ya habían tragado todo el polvo de cien vagonetas, vio a esos dos mismos hombres llevarse de la puerta del pozo a Quilino Cachero, el hermano de Tina. Se lo habían llevado esposado y a empujones y ella, que lo oteó desde lejos, no dijo nada a la chavala para no revolucionarla, que bastante se revolucionaba ella sola.

¡Ay, esa Tina! No le valía su propia rebeldía, que lidiaba también con la de su hermano Quilino y la de su padre, en la cárcel desde hacía meses.

Y si no tenía suficiente con los problemas de toda su estirpe, añadía también los de Arturo Colmado, el joven comunista aragonés que pululaba por Montecorvo desde hacía meses. Y a mayores, si hacía falta, también con los de todo el Partido. ¡Buena es!



¡Ay, estos Cachero!, ¡qué raza tienen los condenaos!, pensaba Maruja cada vez que escuchaba en el pueblo que alguno de los chavales estaba en el cuartelillo. Y eso ocurría casi cada semana. Habían salido tan revolucionarios como su padre, Luisín, que el pobre se moría en la prisión entre neumonías, toses y hostias.

Y no había semana en que la jefa de las carboneras no pensara que también los dos hijos de Cachero iban a acabar muertos en vida entre cuatro paredes y a una paliza diaria si no se empezaban a contener esas ansias políticas.

Ella sabía perfectamente cómo eran esas ansias. Nacían en el pecho y salían por la garganta como un grito desgarrado. En la guerra lo había aprendido ella y todo el pueblo de Montecorvo. Bastaba la simple visión de una injusticia para que el relámpago se apoderara de su cuerpo. Los chavales de Luisín lo estaban aprendiendo ahora, a puro golpe. A Quilino ya le faltaban dos dientes de las hostias de los guardas y la guaja...

La guaja libraba gracias al concurso de la radio en el que había participado tocando la gaita y que la había hecho conocida en toda Asturias. «La primera mujer gaitera en subirse a las tablas del Filarmónica», había titulado su crónica en el diario *Región* la simpár Merceditas Cabal.

Estaba lo del certamen, sí. Pero la vieja carbonera, que era de creer poco en la mediación divina, creía que en este caso había algo más. Era la única explicación a que la guaja aún no se hubiera llevado «su merecido». Sí. Maruja lo tenía claro. Tina libraba de puro milagro.

Porque a estas alturas Maruja ya sólo podía pensar que era eso, un milagro, lo que salvaba a la pequeña de Cachero

de la mala hostia del capitán Trujillo y su séquito de guardias. No había otra explicación más terrenal. «Una intervención divina de Santa Bárbara o de San Pitopato, a saber...», murmuraba entre dientes.

Desde las últimas huelgas mineras, con carta blanca del ejército, los guardias estaban muy sueltos y no se andaban con bromas. Nadie, muy pocos, se libraban de su furia una vez detenidos, así que la guaja debía de tener de su lado a todos los santos del cielo.

Maruja sabía bien qué eran capaces de hacer los guardias en el cuartelillo con las detenidas cuando la furia los dominaba. Ellos también tenían su propia ansia que los apoderaba, y consistía, básicamente, en humillar al prójimo como fuera. Su puesto como jefa de las carboneras y su firme posicionamiento junto a los mineros cuando éstos decidieron parar la maquinaria la habían puesto en el punto de mira de los guardias en las huelgas de hacía ya cinco años. Pero la verdad es que estaba más que fichada de los tiempos de la guerra, como miliciana adscrita a la CNT. Aunque esto era algo de lo que ella no se había jactado mucho en los últimos veinte años. No le había hecho falta. Durante dos décadas había sido más conocida por su mala hostia que por sus ideas. El ardor en el pecho, esa gana de gritar, volvió a nacer cuando las huelgas mineras (si es que alguna vez había desaparecido del todo). Y su afán de luchar por lo que consideraba justo se concretaba en mejorar el trabajo de las mujeres, de sus mujeres, y en que, como el de los hombres, también su esfuerzo y la pérdida de la salud tuvieran compensación. Maruja tenía una lucha concreta: que se le reconociera, en concreto, la silicosis como enfermedad laboral.

150

—Tragamos más polvo de lo que suelta la Juanco¹ en una mañana y vosotros lo sabéis... —solía defender ante la asamblea de mineros que empezaban riéndose de ella y terminaban (porque Berto Castaño, el vigilante, los hacía callar) dándole la razón.

—No, no es nada del otro mundo lo que pide Maruja. Es justicia. Ellas tragan todo el polvo que sale de la mina. Todo. Y desde luego mucho más de lo que tragáis alguno de los que estáis aquí, que no dais palo al agua... ¿O creéis que no lo sé? —sentenciaba el vigilante.

Fue precisamente en una asamblea del pozu cuando ella acallaba con su discurso las risas de los hombres, donde la detuvieron por primera vez en veinte años. Fue acusada de rebelión.

Los cargos fueron cambiando en las siguientes ocasiones en las que fue arrestada. Por sedición, alzamiento, comunismo, masonería, prostitución y hasta estraperlo.

En todas y cada una de esas detenciones supo de lo que eran capaces de hacer el capitán Trujillo y su panda de animales en el cuartelillo cuando les dominaba la furia. Pensarlo le revolvió el estómago.

Miraba a los ojos a Tinina, escudriñaba su rostro y, al comprobar que su mirada seguía cargada de inocencia, sabía que era cierto, que no habían osado ponerle una mano encima como habían hecho con ella y con alguna otra más hacía un tiempo...

No obstante, para borrar cualquier atisbo de duda, le preguntó a la nena sin contemplaciones.

—¿Te ha hecho algo Trujillo? A mí dímelo, Tinina —le suplicó una tarde mientras las dos se lavaban las manos en las frías aguas del abrevadero de las mulas.

1. La Juanco es la manera que tienen de llamar a una máquina de tren que había en el Nalón.

151

—Ese hijo de puta fascineroso me dio una hostia, Maruja, que casi me revienta un ojo. Y diz que me va a romper todos los dedos para que nun toque la gaita... —explicaba la chavala con remango y alguna mueca de dolor al tocarse la mejilla mientras se frotaba los dedos rojos de puro frío—. Pero nun se atreve a rompeme la mano, Maruja, porque sabe que el mes que vien tengo que ir a tocar en la misa del arzobispo a la catedral, que ya lo organizó todo Don Bernardo y claro... Eso le jode. ¿Qué le va a decir al cura si yo nun puedo tocar porque tengo la mano rota? Porque que tenga claro que yo al cura le voy a decir la verdad. Que yo no le tengo miedo. ¡Es un facha cabrón! Pero también es un cobarde hijo de puta...

Maruja la riñó con la mirada.

—Lo primero baja la voz; y lo segundo mírame y entiendo bien la pregunta que te hago, Tinina: ¿te hizo algo más Trujillo? Ya sabes... ¿te ha...? —insistía Maruja. Y la guaja la interrumpía.

—Te estoy diciendo que casi me deja ciega, mira... ¿Te parez poco, Maruja?

La vieja sacudía las manos, las frotaba sobre el mandil para que entraran en calor y las soplaban. Miraba a la nena.

Sí. A Maruja le parecía poco que a Tina, con esa boca y esa poca vergüenza, sólo le hubieran reventado un ojo y que sólo la hubieran amenazado con romperle los dedos para que no tocara la gaita. El capitán Trujillo, con dos copas de coñac encima, tenía valentía para mucho más que una hostia y una amenaza.

A la vieja, sin poder evitarlo, se le tensaban los músculos de la cara al recordarlo. Sólo pensar en que el guardia civil le hiciera a la pequeña de Cachero una octava parte de

152

lo que le había hecho a ella le erizaba la piel, igual que recordar su último presidio cuando Trujillo se había quitado el uniforme «para no mancharlo de sangre» y la había obligado a...



Maruja dio un manotazo al aire y escupió al suelo, a los pies de los dos guardias que ya estaban en las Tolvas frente a ella. Miró a las carboneras que permanecían paradas de puro miedo. Tina no se había movido. ¡Mierda!

Uno de los guardias pisó la saliva de Maruja (era negra, como si la bilis se hubiera teñido de carbón) y la miró con odio y asco. El otro intercedió.

—¡Apártese! ¡No es con usted el asunto!

Maruja miró a las carboneras y volvió la vista a los guardias.

153

—Todas estas mujeres son asunto mío mientras estén en las tolvas trabajando. Así que... ¡Aire! Que aquí no se les ha perdido nada a ustedes. Fuera de aquí si no quieren que llame a Castaño —respondió la vieja colocando el cigarro entre los labios.

El guardia que permanecía callado levantó el fusil y sin mediar palabra le dio un culatazo en el brazo con el que Maruja les señalaba el camino de vuelta. El pitillo le cayó al suelo. Todas las mujeres ahogaron un grito. Sin decir nada, sin una mueca de queja, Maruja se agachó a recogerlo. Tina Cachero echó a correr escombrera abajo. El policía amagó con ir tras ella.

—Déjala... —apuntó el otro agarrando con fuerza a la jefa de las mujeres por el mismo brazo que le había golpeado—. Ya la cogemos después. Ahora ésta al cuartelillo, por contestona. Que se ve que ya nos echa en falta. Verás como a Trujillo le gusta ver de nuevo a La Rusa... ¡Camina, vieja!

Hacía tiempo que nadie llamaba La Rusa a Maruja. Desde las últimas huelgas...

Siempre que había una oleada de paros en los pozos ella era una de las primeras detenidas. La arrestaban y la llevaban al cuartelillo por eso de prevenir que la jefa de las carboneras se envalentonara, como otras veces, y fuera a gritarles que dejaran a los mineros ganarse el pan con el sudor de su frente y defender su sueldo, su futuro, su familia. Había estado otras veces detenida pero, ¡ay, las últimas huelgas! Ese arresto, que duró días, había sido tal infierno que hasta a rezar se puso Maruja. Ella, que no se acercaba a las sotanas desde su comunión y que en la mediación divina para los problemas terrenales creía lo justo. ¡Ella!

154

Le pegaron, la desnudaron, amagaron con ahogarla, le pellizcaron los pezones, le raparon el pelo y en la cumbre de la violencia, en la que participaron no menos de diez guardias encabezados por Trujillo, el capitán vestido en traje de baño «para no marcharse de sangre el uniforme», le metió su pistola por el culo. Los gritos de ¡Jódete, Rusa! del guarda y las súplicas de Maruja se oían en toda la Calle Principal de Montecorvo. Los pocos que se atrevían a pasar por delante del cuartelillo y oían las voces ni siquiera se podían imaginar lo que en realidad estaba pasando dentro de esas cuatro paredes. Y eso que se imaginaban de todo.

Poco a poco la gente del pueblo había ido dejando de pasar por delante del acuartelamiento. Evitaban así el miedo, pero también la rabia y el asco que les producía intuir lo que ahí dentro pasaba. Las viejas se santiguaban si por casualidad se oía algún grito a lo lejos y los niños corrían como la pólvora.

«¡Jódete, Rusa!», se oía en toda la calle. Trujillo, con los ojos rojos y la comisura de los labios poblada de una pasta blanca y reseca, acababa cayendo de rodillas en el suelo y llorando. «Mira lo que me obligas a hacer», murmuraba.

La vieja dio un manotazo al aire intentando espantar los recuerdos y miró a sus carboneras que parecían petrificadas viendo cómo se las llevaban.

—Seguid trabajando, no quiero ni media palabra a nadie. ¿Me oís? Rosa... ¡Quedas al mando! —apuntó Maruja de la que se iba. Metió la mano en su mandil y sacó el cigarro de nuevo.

—¿Qué? —retó al guardia más joven, que la miró con ojos como platos al verla encender el pitillo—. ¿Tampoco se puede fumar?

155

—Puede, puede... —respondió el guardia, aunque en el fondo pensó: «Putas carboneras». Y en ese *carboneras* incluía a todas las mujeres de aquel maldito pueblo minero al que le habían destinado. Para él todas las mujeres de Montecorvo eran iguales. Duras, secas, malhabladas, correosas y necias. Había oído hablar de los mineros, sí. Miles de veces. En la academia se hablaba de ellos, se contaban historias entre reales y ficticias de revoluciones, dinamitas y huelgas. Pero... ¿y de las mujeres? De ellas no se hablaba nada y eran aún peor. Correosas y necias. Muy necias, capaces de enfrentarse a todos y a todo. A los guardias, a los esquirols que iban a trabajar a pesar de las huelgas (a los que les tiraban maíz en el suelo para llamarlos gallinas), pero también a los mineros a los que se encaraban llegado el momento, si era necesario. Él las había visto levantar la vista y la pala cuando algún minero borracho que las doblaba en fuerza pasaba junto a ellas y se reía de verlas trabajar entre el carbón. «No te pases ni un pelo», decía la interpelada. Y las demás se paraban. Se defendían unas a otras como fieras.

—Putas carboneras —repitió, esta vez en voz alta.

—¿Qué mascullas, guaje? —le respondió Maruja, que lo había escuchado perfectamente.

La vieja carbonera fumaba con deleite aquel cigarro, que era el primero después de unas horas de tajo y el último en dos o tres días. Lo tenía calculado y lo sabía de sobra porque lo que ocurría tras un arresto era siempre lo mismo.

Maruja llegaba al cuartel, le rapaban el pelo, la metían en un calabozo y a las cuatro o cinco horas, sin comer, sin beber y teniendo que sortear los orines de los guardas a los que les gustaba mear por los barrotos del ventanuco de

156

su calabozo, la llevaban a un cuarto donde había una mesa y sobre la mesa papeles. A veces fotos. Y allí la harían hablar. El capitán, con su bigotín y su mano floja, la esperaría allí, le daría dos hostias para empezar y ella, que tendría las manos atadas a la espalda y sabría que revolverse era peor, que lo que realmente ponía del hígado a aquel imbécil de bigotín era la serenidad con la que recibía los golpes, no diría nada.

Siempre era igual. Tiró el cigarrillo al suelo justo cuando iban a entrar en el cuartelillo, después de cruzar escoltada toda la Calle Principal de Montecorvo que, a su paso, fue quedándose en silencio. También se oyó algún grito anónimo de apoyo a la carbonera, los que menos.

Al ver su colilla rodar por los adoquines y mirar hacia la puerta, Maruja se dio cuenta de que había algo distinto a otras veces. Ahora ella no tenía miedo. En su última estancia allí, en el infierno, había perdido todo el miedo que le quedaba en el cuerpo. Incluso el miedo a morir, porque sabía que la muerte, después de todo, no dolía ni en el cuerpo ni en el alma, como muchas cosas de la vida, que sí dolían. Y mucho.

Maruja se había encargado de contarle todo, en confesión, al cura de Montecorvo meses después de que sucediera. Lo hizo porque necesitaba que su verdad se conociera aunque no pudiera ir más allá del confesionario. Que al menos alguien, una persona, supiera lo que le había pasado allí y que la verdad no desapareciera con ella. Así que Maruja, que no se acercaba a las sotanas desde la Primera Comunión, se vio allí de rodillas y casi tuvo que contener la risa. Si la vieran los compañeros de la CNT...

—Ave María Purísima —comenzó.

157

—Sin pecado concebida —respondió don Bernardo.

Y ya le jodía que el cura que tenía que escuchar toda su historia fuera el jovencín ese que acababa de llegar a Montecorvo desde Madrid, que hasta arcadas le dio su historia. Le hubiera encantado tener que contárselo al viejo, a don Benito, ese que les decía al acabar la guerra que con Franco se viviría mejor, el que hacía cantar el Cara al sol a los niños cuando pasaban por delante los presos que, encadenados, trabajaban en la mina a turnos para rebajar sus condenas. Sí, le hubiera encantado contarle a don Benito cómo aquellos que según él velaban por la pureza de la raza y los valores cristianos del nacionalcatolicismo eran capaces de hacer lo que le hicieron a ella, para después caer de rodillas con los ojos ensangrentados y una pasta blanquecina en la comisura de los labios para decir llorando: «Mira lo que me obligas a hacer».

No, vio la colilla colarse por el sumidero y supo que ahora no tenía miedo. Ésa era la diferencia con aquel día. La otra, que Trujillo no la esperaba a ella. Al verla, su primera expresión fue de pánico y Maruja a esas alturas no pudo más que sonreír. El capitán, consciente de que la última vez que tuvo a Maruja en el cuartel no se había comportado como un buen cristiano, bajó la mirada avergonzado. Esa mujer lo sacaba tanto de sus casillas... Sacudió el aire del calabozo con su mano y gritó.

—¿Qué hace ella aquí? ¡Dije que me trajeran a la Cachero!

—No tardaremos, capitán, pero antes... pensábamos que querría entretenerse un poco —dijo uno de ellos dándole un codazo a su compañero.

158

Trujillo los miró con gesto serio. Sí. Todo el mundo en el cuartel sabía lo que había pasado, lo que el capitán, lo que en realidad todos, le habían hecho a La Rusa unos meses antes.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Maruja y Trujillo volvían a estar solos entre cuatro paredes después de muchos meses. El pánico volvió, por unos segundos, a recorrer cada poro de la piel de la mujer como una corriente eléctrica que le subía por la espalda hasta instalarse en la garganta. Carraspeó.

El capitán, ya recompuesto, caminó en silencio a su alrededor sin decir nada. Se puso frente a ella y por un segundo sus ojos se cruzaron. Ella aguantó. Fue él quien bajó la mirada para, con disimulo, coger la foto que había sobre la mesa y ponérsela delante.

—¿Quién es éste? —gritó.

—Cary Grant... —respondió Maruja con parsimonia, y recibió la primera hostia de Trujillo ese día con el reverso de la mano con la que sostenía la imagen.

—¿Y éste? —Trujillo le enseñó otra foto.

—Clark Gable.

Dos golpes en la puerta sobresaltó a los ambos e impidió la segunda hostia. Ella no se giró para ver quién era.

Trujillo caminó hacia la puerta y agarró por el pelo a Tina, que llegaba amordazada.

—No tuvimos que ir a buscarla, vino sola, dice que a rescatar a Maruja... —rió el guardia que la trajo. Trujillo la agarró por el brazo y la puso frente a Maruja.

—¿Y ésta? ¿Ésta sí sabes quién es? —La vieja quiso morirse por dentro. «Tina, mi vida, yes tan guapa como tu padre y tan desobediente como él»—. ¿A ésta no la conoces? —insistió Trujillo.

159

Tina pateaba y gruñía con la boca tapada por un cinturón. El capitán la sentó, sacó la navaja de afeitar que tenía en el primer cajón de su mesa y comenzó a trasquilarse el pelo. Después de que acabara con todos sus rizos le quitó el cuero de la boca y ella, como una gata, en un gesto preciso, le mordió en un dedo.

—Valiente hija de puta... —murmulló Trujillo agarrándose la mano. Le había arrancado un trozo de carne. La joven gritaba.

—¡Hijos de puta, soltái a Maruja! ¡Hijos de puta...!

Trujillo agarró por la blusa a Tina y se la rasgó con fuerza dejándola tan sólo en sostén. La joven se asustó. Su respiración se agitó mientras miraba al hombre enroscar la tela en la mano y caminar con seguridad hacia Maruja, que estaba a punto de desmayarse de pura rabia. El jefe de los guardias civiles la obligó a mirar hacia la joven.

—¿Quieres que se vaya de aquí sin que la toquemos? ¿Eso es lo que quieres?

Maruja no respondió. Sus manos estaban blancas de tanto apretar.

—Es muy fácil, Rusa, es muy fácil —explicó el capitán atusándose el bigote—. Si quieres que se vaya de aquí sin que le demos una hostia, se la vas a tener que dar tú. Que bien se la merece esta carbonera tuya, todo el día metida en líos comunistas y masónicos. Eso sí, dale una hostia que la tumbe y la deje sin sentido. Porque como se quede aquí, yo me voy a encargar de ella y es peor... —Trujillo acercó su aliento tanto a la cara de Maruja que a ella le dio una arcada—. Tú sabes que es peor si yo me encargo, ¿verdad?

Con un gesto rápido, el capitán soltó las cuerdas que ataban las manos de Maruja y con una mirada le pidió al

160

guarda que retenía a Tina que se apartara. En su boca, bajo el bigote, afloró una sonrisa.

Maruja miró a la joven.

—Tate tranquila, neña. No te voy a pegar...

Trujillo se volvió a la mesa, cogió las fotografías que le había enseñado hacía un rato a la mujer y sentenció:

—A lo mejor ahora la presencia de Tina te ha refrescado la memoria y ya sabes quiénes son y a qué se dedican estos dos individuos.

Tina miró de reojo las fotos. Eran Quilino, su hermano, y Arturo Colmado, líder sindical y destacado comunista aragonés que desde hacía unos meses vivía en las cuencas mineras cambiando, cada noche, de casa. Alguna de las noches la había pasado en el desván de la casa familiar de los Cachero, Tina lo había visto y había hablado con él. Más bien lo había escuchado, embelesada, hablar de justicia social, de derechos, de libertad... Cuando bajaban hacia sus habitaciones, Quilino, entre murmullos, le explicaba a su hermana: «Sin Dolores aquí, él es la persona más importante del Partido Comunista ahora mismo en España. Bueno, una de las más importantes. Es nuestra esperanza. Que esté en esta casa debe ser un orgullo para nosotros. Pero ojo, Tinina, nadie lo puede saber, y cuando te digo nadie, ye nadie. ¿Me oyes? Así te estén amenazando de muerte».

Nadie lo debía saber, se repitió.

—¿Que si sabes quiénes son? ¿Que si los has visto? —gritó Trujillo restregando las fotos, de pura rabia, por la cara de Maruja. Tina se puso nerviosa.

—¡Pégame! —gritó de repente la chavala sin dejar de mirar a Maruja.

Al capitán se le heló la sonrisa. Maruja la miró asustada.

161

—¡Pégame una hostia, Maruja! ¡Pégame! Y no te hagas la interesante que más de una vez en las tolvás, cuando me pongo farruca, te apeteció dármele. ¡Pégame! ¡Pégame! ¡Pégame! —Tina gritaba sin descanso.

Y los alaridos de la joven sólo se acallaron cuando la puerta de la sala se abrió de repente. Todos miraron al joven guardia que acababa de interrumpir.

—¿Qué cojones haces? ¡Fuera de aquí! —chilló Trujillo.

—Capitán... Tiene que venir.

—¡Fuera de aquí le he dicho!

—Capitán, tiene que venir... ¡Es importante! —insistió el chaval.

Trujillo tiró las fotos al suelo de mala gana y al pasar junto a Tina la miró con odio.

—Esto no va a quedar así —le advirtió. Y su gesto de orgullo no se le borró de la cara hasta que, siguiendo los pasos del guarda, se acercó a la puerta principal y sintió el murmullo de muchas voces, decenas de voces.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó.

—Son ellas.

—¿Ellas quiénes?

—Las carboneras, mi capitán. Ya nos han pegado a dos de nosotros. Las estamos conteniendo para que no entren en la comisaría, pero son muchas y llevan palas y además...

—Además, nada. ¡Carguen contra ellas! ¡Échenlas de aquí!

—Es que no sólo están ellas, hay también mineros...

—Me importa tres cojones. ¡Échenlos! ¡Dispáren si hace falta! ¡A matar!

—Hay más, señor... Es que... ¡También está don Bernardo!

—¿Y qué cojones pinta ahí el cura? ¡Joder! Ya sabía yo que este rojo de Sahuquillo iba a traerme problemas.

162

Como si la simple mención del nombre lo invocara, el sacerdote accedió al interior de la comisaría en ese mismo momento abriéndose paso entre los guardias que, a duras penas, contenían a la enfurecida masa de vecinas de Montecorvo. Lo acompañaba Rosa.

—Queremos saber dónde están Maruja y Tina! —dijo ella de repente, como si toda la valentía del mundo se concentrara en su garganta.

Trujillo la miró con odio y la apartó de un golpe que la hizo retumbar contra la pared. Hizo además de seguir golpeándola. Don Bernardo se interpuso entre el guardia civil y la mujer.

—Capitán... ¡No la toque! Rosa y el resto de carboneras sólo quieren saber qué pasa con su jefa y con la joven Tina —exclamó el cura. Le temblaban las piernas. En tono más bajo, añadió—: Sólo es eso.

El guardia civil echó mano de su pistola. La rabia le palpitaba en la sien. Los ruidos de la calle le enfurecían más.

—¿Sabe que se está ganando un tiro en el culo, cura de mierda? Tú y tu putita —dijo de repente, apuntando a Rosa.

Sahuquillo abrió los brazos tanto como sus ojos, abrumado por la rabia y el odio que desprendía la mirada del capitán de la Guardia Civil. Quedó paralizado. No respondió él. No hizo falta.

La respuesta llegó como un golpe de mar. La turba traspasó el cordón de guardias, tumbó la puerta abajo y entró en comisaría dando gritos. Un grupo de mujeres pasó junto al sacerdote y los guardias como si no los vieran. Apenas cinco minutos después, y pese a las órdenes vociferantes de Trujillo de «tirar a matar» —mandato que nadie

163

cumplió—, se fueron de allí con lo que habían ido a buscar: Maruja y Tinina.

Ya en la plaza, con los nervios aún en el cuerpo, una de las más jóvenes se acercó a Tina para darle un pañuelo.

—Por si te quieres tapar el pelo —le dijo.

Maruja le arrebató el paño.

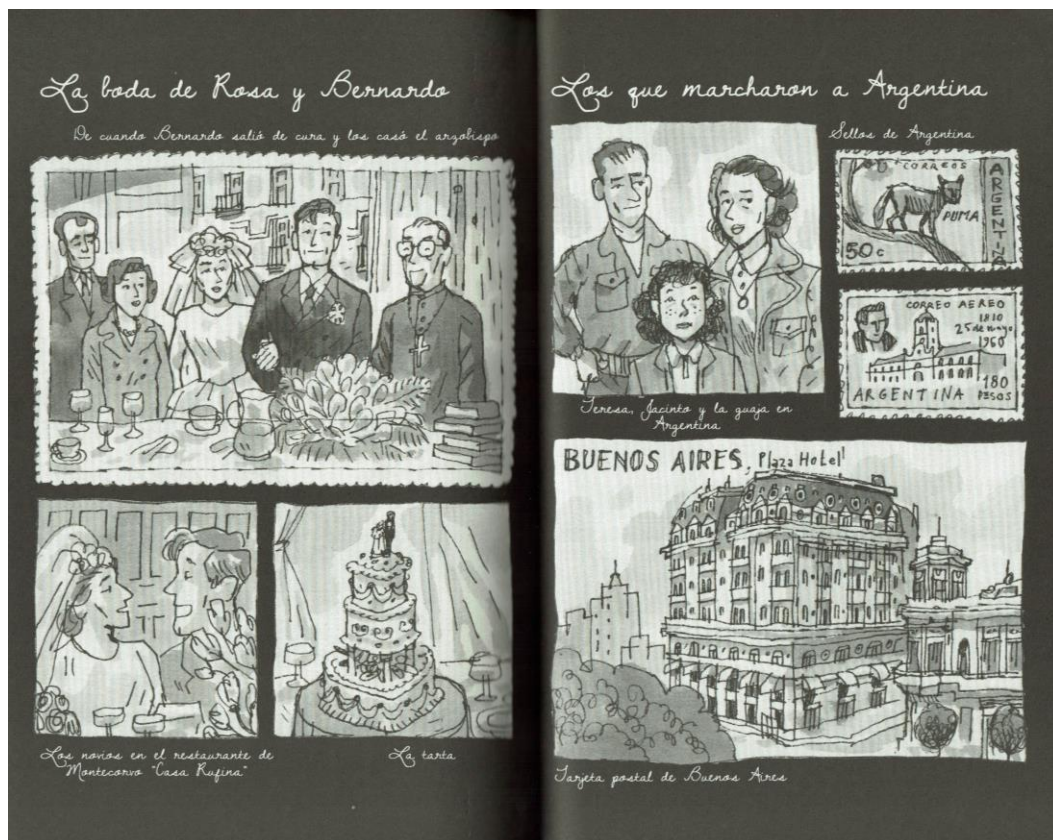
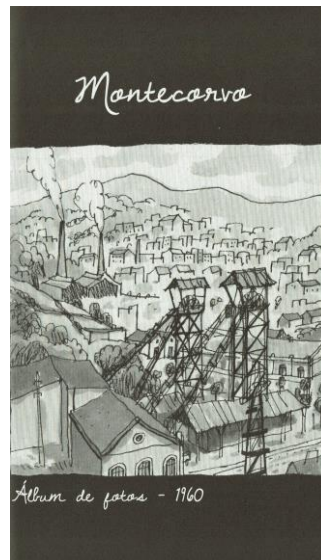
—No. Que todo el mundo sepa, hasta el que no quiere saber, lo que nos hacen ahí dentro.

En realidad, más allá del pueblo pocos supieron lo que esa tarde había pasado en Montecorvo. Cuando Trujillo fue a pedir más efectivos y vía libre para actuar con mayor contundencia, el gobernador civil le pidió silencio. Mejor callarse. No contar nada. No fuera a ser que se corriera la voz y cundiera el ejemplo de las carboneras.



164

Como apéndice a los relatos literarios, la novela – o nonovela, pudiera ser también, pues desborda el género – incluye un álbum “fotográfico” particular, a cargo de Zapico, que hace más próxima la experiencia lectora:



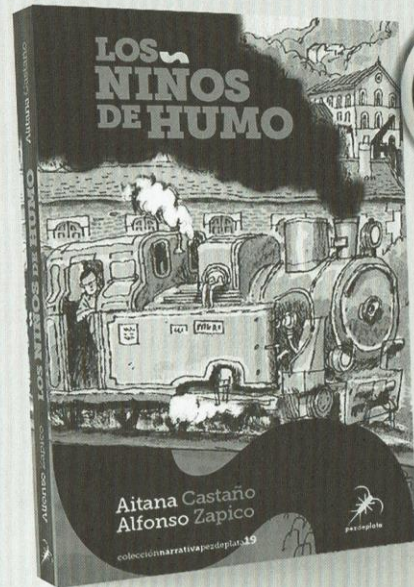
Por otra parte, no es ésta la primera aventura conjunta de narradora y dibujante, Castaño y Zapico, pues un relato anterior en la misma editorial, “Los niños de humo”, presentada como una “memoria sentimental” de un pueblo minero, ha alcanzado bastante éxito y va ya por la séptima edición, como se ve en un anuncio final de esta edición, que no nos resistimos a reproducir:



colección **narrativa** pez de plata **19**

// Una memoria sentimental sobre la minería asturiana. Un libro intenso, crudo, cargado de humor negro.

LOS NIÑOS DE HUMO



7^a
EDICIÓN

Aitana Castaño y Alfonso Zapico han apostado todo lo que son en estas páginas. Sus recuerdos. Su tierra. Su historia.

La historia de un territorio y un tiempo de lucha, no sólo por la dignidad de los mineros asturianos sino en permanente combate por la libertad.

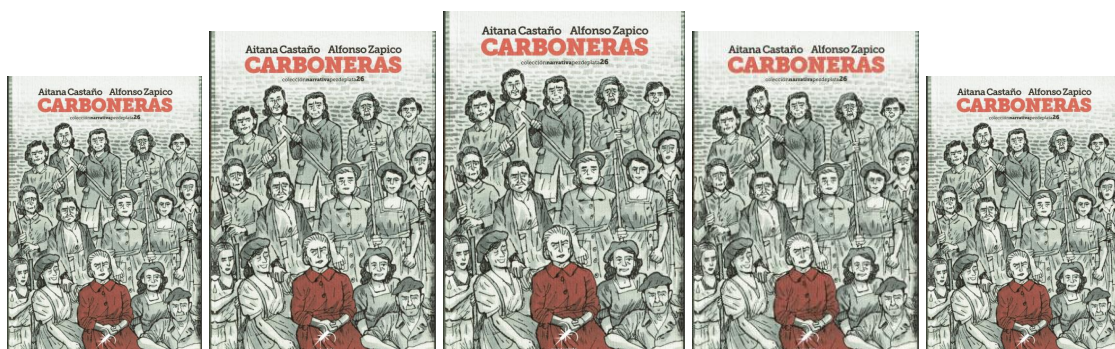
...

Textos de **Aitana Castaño** (Langreo, Asturias • 1980)

Ilustraciones de **Alfonso Zapico** (Blimea, Asturias • 1981)

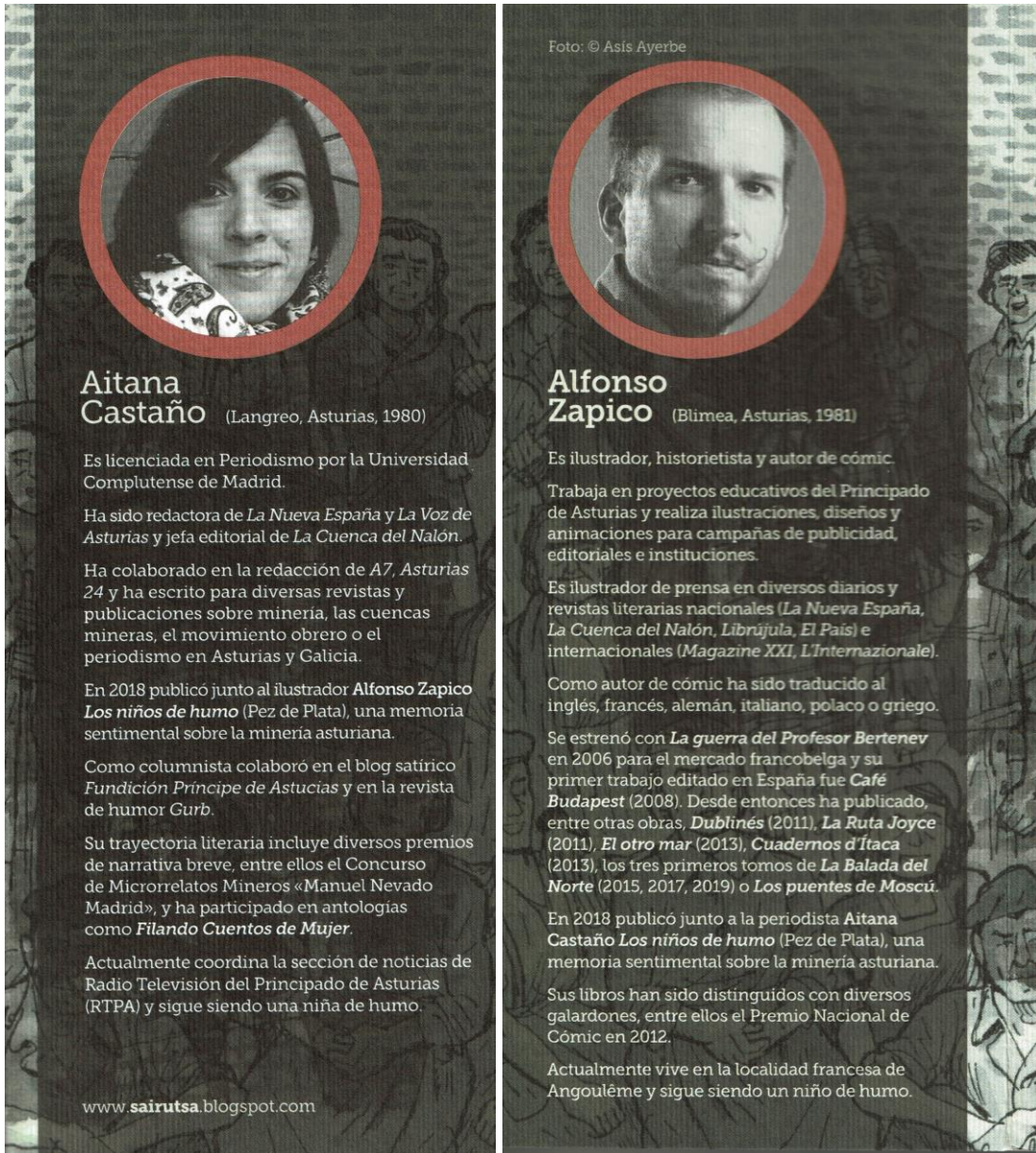
...

14x21cm • 120 págs. • PVP: 15,90 € • ISBN: 978-84-949177-1-4



Finalmente, no es ocioso recoger la profesionalidad de los autores, Aitana Castaño y Alfonso Zapico, y su conexión tanto con el periodismo como con la docencia o la experiencia educativa, pues ello hará comprender mejor el perfil divulgador ejemplar de este relato, novela o nonovela, por lo que les queremos felicitar sinceramente desde esta

plataforma del Archivo de la frontera, que tienen a su disposición como investigadores en el campo de la nueva narrativa de la realidad, campo o barco de navegación de altura en el que todos estamos embarcados de alguna manera.



Aitana Castaño (Langreo, Asturias, 1980)

Es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid.

Ha sido redactora de *La Nueva España* y *La Voz de Asturias* y jefa editorial de *La Cuenca del Nalón*.

Ha colaborado en la redacción de *A7, Asturias 24* y ha escrito para diversas revistas y publicaciones sobre minería, las cuencas mineras, el movimiento obrero o el periodismo en Asturias y Galicia.

En 2018 publicó junto al ilustrador **Alfonso Zapico** *Los niños de humo* (Pez de Plata), una memoria sentimental sobre la minería asturiana.

Como columnista colaboró en el blog satírico *Fundación Príncipe de Asturias* y en la revista de humor *Gurb*.

Su trayectoria literaria incluye diversos premios de narrativa breve, entre ellos el Concurso de Microrrelatos Mineros «Manuel Nevado Madrid», y ha participado en antologías como *Filando Cuentos de Mujer*.

Actualmente coordina la sección de noticias de Radio Televisión del Principado de Asturias (RTPA) y sigue siendo una niña de humo.

www.sairutsa.blogspot.com

Alfonso Zapico (Blimea, Asturias, 1981)

Es ilustrador, historietista y autor de cómic.

Trabaja en proyectos educativos del Principado de Asturias y realiza ilustraciones, diseños y animaciones para campañas de publicidad, editoriales e instituciones.

Es ilustrador de prensa en diversos diarios y revistas literarias nacionales (*La Nueva España*, *La Cuenca del Nalón*, *Libriñula*, *El País*) e internacionales (*Magazine XXI*, *L'Internazionale*).

Como autor de cómic ha sido traducido al inglés, francés, alemán, italiano, polaco o griego.

Se estrenó con *La guerra del Profesor Bertenev* en 2006 para el mercado francobelga y su primer trabajo editado en España fue *Café Budapest* (2008). Desde entonces ha publicado, entre otras obras, *Dublinés* (2011), *La Ruta Joyce* (2011), *El otro mar* (2013), *Cuadernos d'Ítaca* (2013), los tres primeros tomos de *La Balada del Norte* (2015, 2017, 2019) o *Los puentes de Moscú*.

En 2018 publicó junto a la periodista **Aitana Castaño** *Los niños de humo* (Pez de Plata), una memoria sentimental sobre la minería asturiana.

Sus libros han sido distinguidos con diversos galardones, entre ellos el Premio Nacional de Cómic en 2012.

Actualmente vive en la localidad francesa de Angoulême y sigue siendo un niño de humo.

FIN